

1986

Sobre Pedro Lastra: *Cuaderno de la doble vida*

Antonio Campaña

Citas recomendadas

Campaña, Antonio (Otoño-Primavera 1986) "Sobre Pedro Lastra: *Cuaderno de la doble vida*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 32.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/32>

Pedro Lastra, *Cuaderno de la doble vida*, Ediciones del Camaleón 1984.

Quizá el sentimiento más revelado por Pedro Lastra en su última obra sea el de una suprema soledad. A ello se une la necesidad de continuar el desarrollo de la conciencia personal para así no perder la imagen del hombre que es y que quiere seguir siendo. En *Cuaderno de la doble vida* el poeta nos propone un campo que, a través de la actualización de esta conciencia, nos lleve a conocer el terrible frío de la soledad, la que promueve en él la obligación de regresar a un mundo que le procure su identidad.

De entre estas comarcas, donde se sitúa la realidad de Lastra, nace esta poesía del regresado, pero de un hombre que vuelve sólo de paso al lugar de sus ancestros. Podríamos relacionar a este estado aquellos conceptos de Heidegger sobre la lírica de Georg Tralk cuando señala que en el poeta de Salzburgo se oye la palabra del regreso del solitario que anhela encontrarse con los zumos de su estirpe como símbolo de personalización. Aun cuando la soledad de Lastra no es la de Tralk — conviene aclarar que nuestro poeta nos cuenta una soledad como ausencia de la tierra, no una soledad por falta de afectos humanos — deviene en parte o toma un carácter que la convierte en naturaleza de la existencia aún por sobre las ansias de descubrimiento. Una vez más se produce aquí lo que Bowra había observado entre los simbolistas: que el orden de las cosas y los hechos son y deben presentarse como el poeta los ve o los siente para acercarlos a la realidad. De ahí que todo lo que el poeta pretenda deberá ser más un punto de partida que un punto de llegada con respecto a ella. Esto también se relaciona de

Pedro Lastra, *Cuaderno de la doble vida*, Ediciones del Camaleón 1984.

Quizá el sentimiento más revelado por Pedro Lastra en su última obra sea el de una suprema soledad. A ello se une la necesidad de continuar el desarrollo de la conciencia personal para así no perder la imagen del hombre que es y que quiere seguir siendo. En *Cuaderno de la doble vida* el poeta nos propone un campo que, a través de la actualización de esta conciencia, nos lleve a conocer el terrible frío de la soledad, la que promueve en él la obligación de regresar a un mundo que le procure su identidad.

De entre estas comarcas, donde se sitúa la realidad de Lastra, nace esta poesía del regresado, pero de un hombre que vuelve sólo de paso al lugar de sus ancestros. Podríamos relacionar a este estado aquellos conceptos de Heidegger sobre la lírica de Georg Tralk cuando señala que en el poeta de Salzburgo se oye la palabra del regreso del solitario que anhela encontrarse con los zumos de su estirpe como símbolo de personalización. Aun cuando la soledad de Lastra no es la de Tralk — conviene aclarar que nuestro poeta nos cuenta una soledad como ausencia de la tierra, no una soledad por falta de afectos humanos — deviene en parte o toma un carácter que la convierte en naturaleza de la existencia aún por sobre las ansias de descubrimiento. Una vez más se produce aquí lo que Bowra había observado entre los simbolistas: que el orden de las cosas y los hechos son y deben presentarse como el poeta los ve o los siente para acercarlos a la realidad. De ahí que todo lo que el poeta pretenda deberá ser más un punto de partida que un punto de llegada con respecto a ella. Esto también se relaciona de

algún modo — porque no en vano el vehículo de la poesía se transforma con el correr del tiempo — con lo que Croce denomina como unidad de intuición y expresión y, en particular, a lo que se entiende por la objetividad de la poesía cuando nos recuerda la insistencia de Goethe acerca de que *la naturaleza no tiene núcleo ni corteza, es toda de una pieza*.

En este intento de interpretación sobre el libro de Pedro Lastra, *Cuaderno de la doble vida*, lo primero que sentimos como certeza es la de una rigurosa sencillez dialéctica junto al profundo tratamiento a que somete la materia poética. Comprobamos cómo no es por azar que un poeta logre, dentro del trascurso de la realización de su poesía, ir esclareciendo cada vez más el carácter de su obra. Observando este fenómeno fluye que el camino de la vida jamás se recorre en vano, pues en la medida en que el poeta peregrina para alcanzar los perfiles visibles — o invisibles — que necesita reducir a estampas formales, va excluyendo lo que era extirpable, se va respondiendo las preguntas que, agotadoramente, lo invaden hasta llegar, si ello es humanamente posible, al centro cada vez más nítido, a la sinceridad de su ser. Este trayecto hacia la desocultación del núcleo poético para sumirse y sumirnos en un pasmo que camina más allá del *pathos*, evidencia que este universo poético de Lastra, su *mise en scène*, va creciendo mediante el impulso de la vocación. A esta poesía no se llega pidiendo permiso para entrar ni hay necesidad de echar la puerta abajo para averiguar su trascendencia. Y ello no obstante que el poeta toma partido con el ser antes que con el tener en la mayoría de sus momentos.

Así pues sí, en *Cuaderno de la doble vida*, el poeta abre las puertas de su corazón de par en par y, si se trata de entrever o de penetrar la claridad con que ha poetizado sus estancias, las exigencias impuestas para llegar a convertirlas en obra de arte, no será indispensable acudir a las trituraciones de la estética como ayuda principal sino, simplemente, mirar la insistente acción de su vocación. Junto a ella el poeta ha logrado que la transparencia, que no es producto de una fácil facilidad, no se resista murada entre las razones penetrables o esquivas de su particular universo. En su caso, la comprensión de un hermetismo o de una claridad logra producirnos esa admiración inexplicable que causa sentir el vínculo poético encontrado tras la simple remoción de internas abundancias, entre acercamientos anudados a ciertos realismos mágicos.

Pero no nos retrasemos en señalar que, con *Cuaderno de la doble vida*, estamos ante uno de los libros poéticos de mayor densidad e importancia publicados en nuestro país en los últimos tiempos. Y este punto de vista tiene su explicación por las dimensiones y el movimiento de la atmósfera poética que Pedro Lastra mueve y desplaza hasta nosotros. En este espacio, en el cual el poeta talla su problema, se observa una iluminación o exigencia extrema en la representación de las cosas. Al revés de la experiencia onírica pura, se produce aquí la intimidad de la vigilia despierta

que surge superpuesta sobre el sueño. Hay, de este modo, más allá de unos asedios a la realidad que aparecen como compuestos por partículas de nadas, experiencias que procuran sostener la totalidad de la naturaleza del ser. O, lo que es más evidente, que tratan de incorporar a lo accesible un mundo que razona por debajo de las resistencias que le opone la existencia.

Al poeta las expresiones de sus sentimientos no le han llegado de oídas, ni la corporización de ellos se ha codificado por la misma vía. Por el contrario, ha vivido estos espacios pre-existenciales así como la existencia cierta por lo que en la búsqueda de la realidad, que es el centro desde donde parte su interpretación, salta sobre los hermetismos contemplativos que lo cercan cuando quiere recomponer su mundo personal. Se aproxima así a la poesía de la salvación o a lo que pretendía Francis Ponge en su *Parti pri de choses*, el *gran limpiador de la semántica* como alguien lo llamó. Es que a todo lo dicho, Lastra agrega un lenguaje plástico que trasporta lo real en la forma más elemental o que nos dice la realidad y nos enseña a verla como cotidianidad, pero siempre dentro de desplazamientos lineales, no para que aparezca o desaparezca ante la vista ni se comporte como mal educada o dentro de un lenguaje procaz. En el poema "Ya hablaremos de nuestra juventud" esta reflexiva y punzante realidad es evidente: *Hablaremos sentados en los parques / como veinte años antes, como treinta años antes, / indignados del mundo, / sin recordar palabra, quiénes fuimos, / dónde creció el amor, / en qué vagas ciudades habitamos*. Aquí, como en algunos exponentes de la lírica europea nueva, el mundo vacila, se desmorona a nuestros pies, lleno de aberturas removidas. Alguien ha dicho que la dialéctica de lo dentro y de lo fuera — espacio predilecto por toda la poética de Lastra — constituye una naturaleza de desastre, de *descuartizamiento*. A lo mejor, pero también puede ser una constante del esfuerzo por llegar a la interioridad del ser.

¿Es éste el dibujo de la doble vida o es, como cree Enrique Lihn, un buscar una figura ausente en un lugar que no existe? Esto es: cerca de la nada o entre laberintos de neblina. Creo que conviene para arrimarnos o intentar la posesión de los datos que el poeta nos hace llegar, converger, una vez más, hacia las filosofías de la existencia. Tal vez, al igual que ellas, Lastra entiende que toda la realidad intuida o contemplada se puede hacer presente por el simple acto de mirar o mirarse. El poeta parece considerar que por este medio, por anexiones que podrían ser contrapuestas, sería posible llegar a manifestarse más enteramente. Es el propósito de asir la integridad a fin de echar a un lado la obsesión que le persigue al verse en una etapa de experimentación o de descubrimiento ante los hechos, como un ser que se disuelve ante lo real, entre un más allá y un más acá, de lo de fuera y de lo de dentro. En "Puentes levadizos", como si estuviéramos ante una naturaleza viva que se contempla desde fuera de sí misma, dice: *Llegué tarde, no tengo / nada que hacer aquí, / no he*

reconocido los puentes levadizos / y ése que se tendía / no era el que yo buscaba. / Me expulsarán los últimos centinelas despiertos / aún en las almenas: también ellos preguntan / quién soy, cuál es mi reino.

Por otra parte, en "Carta de navegación" anota: *El futuro está claro / pero el presente es imprevisible.* Y en el poema "Nostradamus" la insistencia revela espacios aprehendidos a relámpagos: *El futuro no es el que vendrá / (de eso sabemos más de lo que él mismo cree) / el futuro es la ausencia / que seremos tú y yo / la ausencia que ya somos / este vacío / que ahora mismo se empecina en nosotros.*

Pero quizá sea en el poema "Los días contados", en medio de su nítida subjetividad, donde el poeta sugiere su acontecimiento. Lastra es así, es quien sólo insinúa el sentido de las dimensiones para hacernos llegar a la palpabilidad de la materia poética. El poema caracteriza la existencia de un tenaz pasajero, de un hombre en mudanza que obedece a una realidad impuesta por una presencia que está más allá del alrededor. Existe la tierra hacia donde va, hacia donde tiene siempre que ir, pero que es un ir de ida y vuelta, un ir sólo a ratos, en escapadas que le hacen vivir un segundo estado, una ausencia que dura sólo algún tiempo y, por ello, sus días son días contados, opresivos. Esta terrible realidad de tener que volver le convierte al tiempo en un enemigo particular, en un muro acotador que estrecha. La dimensión creciente que el poeta otorga a esta circunstancia no es extraña pues es su relación con una realidad física refutada por la nostalgia que lo trasciende en toda su magnitud. Al parecer, ocurre que el poeta vive con el cuerpo aquí y con el corazón allá, en un paradero fatalmente cuestionado. Son puntos territoriales paralelos a su mundo, pero en que ninguno por separado llega a ser la totalidad que el poeta busca. Aquí, otra vez, podríamos reconocer algo de aquella teoría existenciaría que pretende que la realidad retrocede siempre, pero que cada acto de la vida o del sueño es acción o actividad real trascendente. Observemos: *Después de todo el país es muy bello, / si de mí dependiera / creo que no abandonaría estos lugares, / el aire aún no está contaminado, / los árboles son hermosos hasta en invierno / — que para ellos es sólo la espera de la resurrección — / las aves cruzan los caminos, siempre las mismas, inmortales / y la gente es amable / (o por lo menos no recuerdo nada del odio, de la usura). / A mí me gustaría quedarme con ustedes.*

Esta realidad que mortifica, que es dramática pues invade exteriores e interiores, nos recuerda que en este proceso de carne y hueso existe algo más que la presencia del sueño y la vigilia, aun cuando en la poesía de Lastra puedan estos verse superpuestos. Definitivamente, el suyo parece ser un estado de conciencia que va más allá de ellos ya que no han sido suficientes por sí solos para que el poeta resuelva el fenómeno que ha descubierto. Estamos frente a un problema de patria perdida, situación que el poeta no pretende dominar y con la cual camina por cierta clandestinidad

sensorial que de alguna manera intenta hacer contacto con los enmascarados elementos situados al otro lado. En suma, el poeta nos participa de una alternativa que únicamente intuíamos, pero que su exploración nos deja en camino de conocer. Comprendemos que arribamos, como sugería Herbert Read, a un campo poético con virtudes elementales y trascendentales que se juntan y se separan y en las que ambas se hacen distinciones y alejamientos mutuos. Asoma, entonces, que el estado poético, además de ser un estado de intuición, vive asociado a una objetividad e intimidad natural. Al parecer, otro de los puntos que Lastra aclara es aquel que, por sobre todo, sólo se necesita el corazón puro para que la poesía suelte sus significados.

Asistimos así a la contemplación de un proceso que se va resolviendo en *Cuaderno de la doble vida* entre espacios que, situándose separados, insisten en identificarse con la integridad a impulsos del sentimiento de nostalgia en que sobreviven. Son aquellos trozos que objetivizan compuestos del pasado que al irse presentando de nuevo desfijan al ser y le indican los nuevos tonos de sus fronteras. Es un proceso de retrogradación mediante el cual el poeta no termina jamás de descargar la materialidad de ciertos actos cotidianos, las chispas que penetran en aquello que retrocede pero que vuelve para trasponer íntimas realidades del ser, de su acontecer dialéctico, de la inasibilidad que soporta. Lastra emerge tal un diseñador de los datos esenciales que levanta andamios para sostener al ser vagabundo, un domeñador de la realidad en movimiento, como alguien que insiste en ir y venir por dentro y por fuera de sí para atrapar efectos de reales matices. A veces esta cuota testimonial se proyecta sobre el plano de la historicidad como en el poema "Espacios de Alvar Núñez": *Los buhíos o casas desamparadas, solas / (la gente se había ido aquella noche en sus canoas). / Un buhío muy grande: en él cabrían / hasta trescientas almas. / Los otros más pequeños, / y fue ahí donde hallamos / una sonaja de oro entre las redes.* En esta obra de Pedro Lastra son, pues, evidentes los síntomas de una reversión de los sucesos. El es el hombre que va y vuelve en pos de su centro, el drama del poeta. Aquel que siente la tentación que se convierte en urgente necesidad de buscar la amarga raíz del desdoblamiento impuesto por las encerronas de la vida. Nos vemos, sin duda, en medio — o cerca — de aquella realidad abierta que a veces se asoma en la obra de Saint John Perse. Lihn cree que Lastra va tras los lugares que no existen. Podríamos agregar, si ello pudiera servir de complemento, que, igualmente, va tras de lo que existe o que ha existido en la vida del poeta o en cualquier otro espíritu poroso de nuestro tiempo. Va tras ese ímpetu que, fatalmente, se convierte en viajero, en viajante que anda tras lo remoto insoluble o tras esas comarcas que extraña por conocidas o presentidas y amadas. Hallamos en este antagonismo persistente de Lastra, en la superposición de planos que se ve obligado a realizar, un sentido cósmico o de entonación vivencial del que nacen sus confidencias, un alargamiento de su mundo, ese

mundo poblado de realidades opresivas y alusivas que promueven su drama. Esta problemática de lo remoto, de las cosas y los actos que están en la memoria y que son auténticos y representan los que el poeta traslada o agita, es un signo concurrente de la pluralidad y unicidad del proceso. Son los espacios que se complementan para dar paso a esta obra que quiere expresar nada más que la vida — vista desde este lado y del otro — porque el poeta sabe que la vida contiene muchas cosas juntas, algunas a la vista, otras más ocultas.

Antonlo Campaña